

EL VIEJO DEL SACO

—Yo no quiero, me da susto que me lleve y voy a ir todos los días a la escuela y nunca más voy a hacer la cimarra ni portarme mal yo para que a mí no me lleve.

Anda por los cerros un viejo malévolo, de aspecto abandonado, ropa sucia, pelo desordenado... Porta en su espalda un saco de arpillera, viejo, para guardar allí a los niños que se roba. Su única intención es pegarles y obligarlos a trabajar hasta que mueran, aunque en ocasiones se los come.

—Mira, esta es la última vez, la última, que te lo repito: Si no te tomái la sopa al tiro voy a ir donde el Viejo del Saco a avisarle. Vas a ver lo que es bueno. Al Viejo del Saco te voy a echar. Eso me decía mi mamá, y yo me tomaba la sopa sin decir ni pío, y por eso a mis críos yo les digo lo mismo, que si se portan mal, pum, les echo al Viejo del Saco.

Es el antónimo del Viejo de Pascua: sucio, malo, cruel y terrible con los niños. Su felicidad consiste en consumir sus raptos infantiles y castigar a los pequeños con una huasca o con una correa. Los padres o los tíos pueden llamarlo si quieren deshacerse de un desobediente, y gustoso va. No valen con él los maldadosos ni los contestadores: a golpes los maneja, sin piedad, con su corazón lleno de verdadero y genuino odio.

—Tú te ponís acá, y así lo veis que viene. Tenís que gritar. Por ser, estamos jugando con el Carlos y el Queno y se escucha el grito. Paramos el juego y arrancamos. Cuando me toca chutear a mí, si estamos en los penales, el Carlos se pone a luquear. La cosa es que no nos pesque.

Si viene, hay que huir de inmediato, aunque uno vaya ganando diez monitos de los difíciles, porque el poder del Viejo es tan grande, tan, que hasta los carabineros y los papás lo dejan tranquilo cuando lo ven. Es muy malo.



La leyenda del Viejo del Saco se encuentra con diversos nombres y vigencia en varios lugares de América: el hombre de la bolsa, el viejo de la huasca, el viejón, el juguetero, etc. La génesis de esta figura corresponde a la contraposición: tiene los atributos y características inversas del internacional Viejo Pascuero, y puede ser representado en cualquier indigente. Como el cuco, el lacho de la burra, el gato montés, obedece a funcionalidad coercitiva: los padres –o los «mayores»– propagan con su autoridad el relato sobre este viejo para inducir a que los niños, por miedo, adopten o abandonen determinadas conductas.